

EL TEATRO

DIRECTOR
JOSÉ DEL PUERTO

PUBLICACION MENSUAL

ADMINISTRACION
SANTA ENGRACIA 57



MARIA GUERRERO, EN «CARIDAD»

FOT. COMPANY

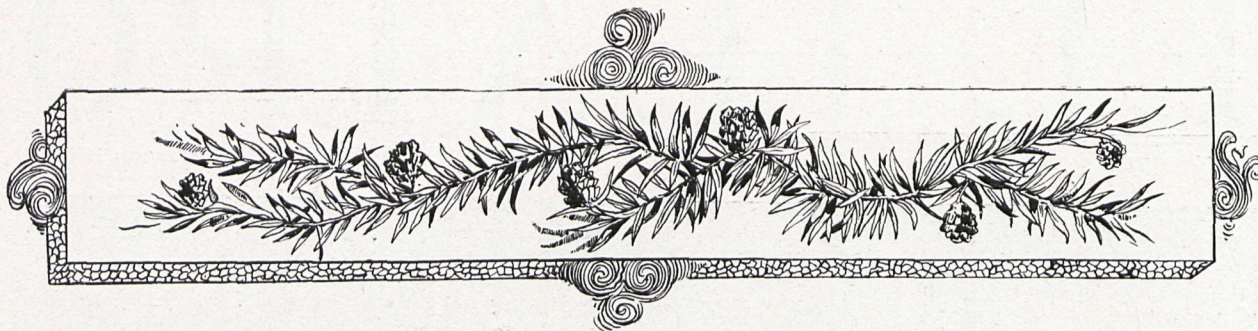
EL TEATRO

Núm. 29

Febrero 1903



DON FERNANDO DÍAZ DE MENDOZA, PRIMER ACTOR DEL TEATRO ESPAÑOL, EN «CARIDAD»
Fot. Compañy



CRÓNICA GENERAL

ME dice *Alejandro Miquis*:—«Tengo encargo de EL TEATRO de encomendarle á usted la próxima crónica.»—El aviso me ha cogido un poco de sorpresa, porque aunque yo no soy tan olvidadizo como cierto conocido actor que hizo un viaje de quince días á París y al regresar arrastraba las erres y preguntaba con elegante displicencia *dónde estaba la Equitativa*, es el caso que hace más de un año no escribo de teatros, y que no recuerdo ahora en qué rincón me dejé el escalpelo. *Ytem* más: tenía formado el propósito de no volver á cogerlo, cosa, en verdad, poco interesante para los lectores, pero que yo apunto para tranquilidad de mi conciencia, porque estoy cada día más convencido de que no sirvo para crítico.

Y no sirvo, porque observo con profundo desconuelo que en casi todas las obras que se estrenan encuentro algo bueno que celebrar y que, al contrario de lo que suele ocurrir, á medida que los años pasan tengo menos bilis y más propensión al aplauso, menos firmeza para la censura y mayor respeto para todo aquel que produce. Y como observo al mismo tiempo que la crítica va siendo cada día más agria, más ceñuda, más intransigente, sin que la idea del esfuerzo artístico, afortunado ó malogrado, que se realiza para producir, temple las hieles en que se mojan las plumas juzgadoras, había decidido jubilarme hasta que nuestros autores sean menos tontos ó menos sabios y más piadosos nuestros críticos.

Como una golondrina no hace verano, ahí vá, amigo Perojo, la crónica que usted me pide. Culpa de usted si es una crónica benévola y pastelera.

Caen, principalmente bajo mi jurisdicción en este número, dos obras dramáticas en tres actos; una comedia de un autor novel, *Nina la loca*, y un drama de un literato acostumbrado al éxito, *La Pecadora*. La primera de estas producciones es del joven escritor D. Alfonso Dánvila; la segunda del ilustre poeta Angel Guimerá.

Dánvila comenzó no hace mucho tiempo á darse á conocer ventajosamente con una novela y un libro de carácter histórico anecdótico; enseguida, atraído por la notoriedad de los éxitos escénicos, hizo derivar su inspiración hacia el teatro. A *Nina la loca*, como á tantas otras producciones, y sobre todo si son de autores nuevos, comenzó por perjudicarle la clamorosa é indiscreta admiración de los comediantes que habían de representarla. Se habló tanto de sus aciertos que luego no se apreciaron debidamente los que, en efecto, había; se anunciaron tan á grito herido los atrevimientos del autor, que la noche del estreno se nos antojó á

todos mantequilla de Soria la mostaza. Y es que los cómicos debían ser mudos hasta el momento de alzarse el telón, porque rara es la vez que al «hacer atmósfera» á un autor y á una obra, no le hagan á la obra y al autor un flaco servicio. ¿Qué podrá haber en *Nina la loca*—se preguntaba el público—quesobrepuje las crudezas de aquella famosa Peri que presentó Galdós, ó quién es este Sr. Dánvila cuyo *naturalismo* sorprende á los mismos actores que han representado las comedias de Benavente, por ejemplo?

Se levantó el telón y á las pocas escenas ¡claro está! no hubo un solo espectador que no se llamara á engaño. No hubieran hecho los cómicos tantos aspavientos, y el público en vez de obstinarse en encontrarle á la comedia una crudeza que no tenía, hubiera fijado más su atención en la limpieza y flexibilidad agradable del diálogo y en otras muchas buenas condiciones de aquel primer acto de la primera producción del Sr. Dánvila. Pero el público obsesionado por las murmuraciones y chismes de bastidores, en vez de observar que el señor Dánvila revela en su obra cualidades de autor dramático á la moderna, y que traza con cierta concisión vigorosa la exposición de su comedia, prescindiendo en el lenguaje de las flores de trapo de la retórica y ajustándose á la naturalidad de la vida vulgar, cosa rara en un principiante, dióse á imaginar que se le estafaba al no servirle el tan cacareado plato fuerte.

Todavía esperó el público desquitarse en el segundo acto. Algunas personas que habían asistido á los ensayos, probablemente amigos officiosos del autor, exclamaban en el vestíbulo:

—¡Un poco de paciencia, señores, que ahora viene lo bueno y verán ustedes lo que es canela!

Efectivamente, hace algunos años, el respetable senado no hubiera transigido con *Nina la loca*, aunque loca y todo, resulta, al fin y al cabo, una costurera sensible.

Allá por el 84, Sellés, para sacar á escena sus *Vengadoras*, tuvo que hacer lo que ocho años más tarde confesó ingenuamente en un prólogo. Para atenuar el efecto de su presentación ante el público, refinó el ejemplar común, «pasándolo deliberadamente por un tamiz de seda».

—Si yo hubiera presentado—escribía Sellés—como protagonista, figura principal y eje de mi obra, una perdida de manufactura nacional, de á real y medio, la pieza, gruesa en obras y gruesa en palabras ¿hubiera pasado por la estrechísima fauce del público? No, seguramente; sin afinarla no la hubiera tragado sino escupido con repugnancia. El arte tiene sus artimañas necesarias, sus vehículos propios, como las pildoras de quinina, su capa plateada.»

Son curiosos estos recuerdos; porque, fíjense bien los lectores; resulta que en el transcurso de unos cuantos años, nos ha resultado casi inocente esa *Nina la loca*, heredera directa de aquellas «Venus de barro con más sabor de castañas que de trufas», que Sellés se vió obligado á disfrazar para que el público, aunque de mala gana, las tolerase... ¡Pero, señor!—me pregunto yo—¿qué puede temerse ya de los escrúpulos de una masa de espectadores que ha oído declamar y ha visto *accionar á Zazá* y á *Las de Roxeno* (género ordinario), ó que ha asistido impasible á las toaletas íntimas (pornografía exquisita, elegante) de las protagonistas de *Lavedan*?

Si el señor Dánvila hubiera llevado la obra por otros derroteros, tal vez hubiera resultado atrevida por su fondo, por su tendencia. Pero *Nina la loca*, en uso de un perfecto derecho de su autor, no es, en suma, más que una comedia de la más pura moral, casi moral casera, disfrazada con un título sospechoso. Aquella *Nina* ni siquiera es una *vengadora*; en cuanto al protagonista, al amante, ni siquiera es un hombre. Ella es una zafia insufrible y él un botarate cuyas acciones ni interesan, ni conmueven. El conflicto se reduce á una escapatoria de niño travieso y estaría solucionado simplemente con los cuatro azotes de que habla uno de los personajes de la obra. No hay allí nada que tenga nervios, sangre, pasión. Es una pintura más del señorito insoportable que se va de picos pardos con su querida, para volver luego arrepentido y confuso á *casa de mamá* ó al tálamo conyugal, dolorido aún por el par de coeces que le ha soltado la yegua de lujo.

Y véase como yo también, influido por «la atmósfera» formada á la comedia, me meto en todas estas relativas honduras, en vez de fijarme en lo mucho bueno que la comedia tiene y, sobre todo, en las excelentes condiciones que en su autor revelan.

Otra *cocotte*; otra perdida: la de Guimerá. Decididamente me ha tocado en suerte una crónica un tanto escabrosa. Pero esta *pecadora* del ilustre autor, es harina de otro costal, y no es que estribe la diferencia en el éxito (que no ha tenido mucho), sino en la textura espiritual y hasta física del personaje.

Daniela, no es como *Nina*, aunque de igual procedencia las dos, «obra de alfarería, estatua de plazuela y artículo de bajo comercio» es «la Venus de guante blanco domiciliada en París, cuya concha convertida en abierto milord arrastran yeguas inglesas en vez de palomas» y perdone el lector si vuelvo á parafrasear el hermoso prólogo de Eugenio Sellés. Aquí ya hay nervios, sangre, pasión y, por consiguiente, drama. Creo que la crítica, aún siendo *La Pecedora* obra muy inferior á otras muchas del poeta catalán, ha estado excesivamente dura con el autor. Ciertamente, sin embargo, que se echa de menos ese innegable encanto, esa poesía, esa ruda ternura que como hilo de agua fresca y transparente brota de todas las obras de Guimerá. Hay, no obstante, una nota de exquisita delicadeza, una dulce figura de idilio: la de la niña. Casi toda la poesía de la obra está en sus labios y es tanta y tan conmovedora, que yo le perdonaría por ella al autor otros desaciertos. El «asunto» de *La Pecedora* puede relatarse en unas cuantas líneas.

Daniela es una huérfana recogida por unos labradores ricachos de las montañas catalanas. Un día se escapa y pasan muchos años sin que se vuelva á

saber de ella. No falta en el lugarejo quien conoce vagamente su historia; la niña abandonada llegó á ser allá en París una *entretendida* encumbrada por la hermosura, é impuesta por la moda. Daniela, enferma del corazón, siente el capricho de morir ó de recobrar la salud, en la rústica casa donde pasó su infancia. El hijo de su protector, que la amó de niño, sin confesárselo nunca, siente avivada su pasión con la presencia de Daniela; pero el enamorado tiene hijos, esposa, hogar. Trata de atropellarlo todo y Daniela resiste. Allí quiere ser honrada. Solo momentos antes de morir, el egoísmo, el ansia de la vida y de la felicidad, la arrojan en brazos de Miguel. Pero puede decirse que llega muerta á ellos. Ni siquiera le alcanza el divino perdón.

No nos detengamos en exprimirle la moral á la obra. Yo creo que Guimerá no pensó en ella, y hasta conozco por una confidencia íntima las circunstancias en que el autor concibió su drama apasionándose por el asunto. Guimerá, con espíritu de poeta, vió el lado artístico, pintoresco, á una gacetilla de periódico, á una noticia referente á un viaje de Carolina Otero á la aldea natal. El autor de *La Pecedora* debió ver el contraste: las sedas, las blondas, las alhajas, excitando el asombro de los pobres rústicos; la *cocotte parisina*, moradora de palacios, encerrada entre las cuatro paredes de una humilde vivienda; la *pecadora*, flor de estufa, herida de muerte, trasplantada de pronto á la montaña oreada por el aire puro y libre... Sobre estos materiales trabajó Guimerá, y quizá preocupado con exceso *del ambiente*, descuidó la acción, el verdadero asunto. En aquel hombre tosco, trastornado por la pérdida, por la mujer de moda en el *demimonde* parisense, en aquel hombre capaz de tirar por la ventana su honor, su tranquilidad, toda una vida de paz y de trabajo, en aquel enamorado que quizá es el único que le habló á Daniela el lenguaje del verdadero amor, amor con nervios y sangre, veo yo el drama que Guimerá no ha escrito. Siempre he encontrado un fondo de interés amargo en estos contactos de dos almas en que la más fuerte y la más noble, suele ser vencida y clavada en cruz por el alma cruelmente frívola, inferior, de ciertas mujeres. Eternamente podrá sacarse un drama de esa cantera. El botarate enamorado de *Nina la loca* no interesará nunca. Es, sencillamente, el ejemplar del imbécil que tiene la suerte de poderse pagar sus queridas.

La Pecedora, para terminar, no ha sido un triunfo, pero tampoco un fracaso. Con las delicadezas dispersas por toda la obra se podrían tejer muchos poemas su bella guirnalda.

El éxito, en estas dos obras de que ligeramente me he ocupado, ha sido, más que para los autores, para dos actrices: Rosario Pino y María Guerrero. Las dos *pecadoras*, Nina y Daniela, han tenido interpretación acabada. Monísima, graciosamente desvergonzada, mostrando en toda su linda persona el tufllo de la calle mezclado con los perfumes del *boudoir* recién estrenado, la Pino. Sentimental, prodigiosa en su naturalidad, soberanamente trágica, nuestra gran actriz María Guerrero.

Algo quedará por lo menos—y no es poco—de estas dos obras.

Una muestra del talento, de la inspiración de las dos actrices.

LUIS LOPEZ-BALLESTEROS



ACTO PRIMERO.— ESCENA PENÚLTIMA

Fot. Company

Sra. Guerrero Sr. Agudín Sr. Díaz de Mendoza (M.) Sr. Díaz de Mendoza (F.) Sr. Soriano Srta. Martínez

CARIDAD

COMEDIA EN TRES ACTOS Y EN PROSA, ORIGINAL DE DON MIGUEL ECHEGARAY

CONVIENE distinguir el arte del artificio: en el arte, fondo y forma se compenetrán; el artificio, es una apariencia de arte; algo así como el diamante americano respecto del diamante de Golconda. El artificio, se enseña; el arte, no. Cualquiera puede aprender «á hacer buenos versos», nadie puede aprender «á hacer poesía». El artificio teatral llega á dominarse con talento secundado por el estudio y la constancia; el arte dramático solamente lo posee el que es capaz de expresar por un acto, semejante al de la creación, la belleza de la vida humana en su activa complejidad. Shakespeare, Lope, Calderón, son artistas; Rubi, Scribe, Sardou, son artífices.

Artífice es también—y no lo digo en sentido despectivo, porque creo, con el loco de Cervantes, que no es tan fácil, como parece, hinchar un perro—don Miguel Echegaray. Conoce este escritor á palmos la mecánica teatral, se sabe de memoria lo que al gran público le gusta, y tiene singular habilidad para calcular los efectos y para entretener y divertir á los espectadores. No se propone estremecer con sus obras las hondas fibras del corazón humano; su propósito es que el público pase agradablemente el tiempo que dura la representación. Esto suele conseguirlo, y bastante hace cuando lo consigue.

Porque debe tenerse en cuenta—y me refiero á un prejuicio muy generalizado—que con el teatro no reza el repetidísimo precepto de Horacio *mediocribus esse poetis non homines, non dii et...* En el teatro no es posible prescindir de las medianías. El fin principal del arte escénico es como el de todas las artes, expresar belleza; pero no debe olvidarse que su carácter de espectáculo público exige un gran «consumo» de obras y que éstas se renueven constantemente. Sería una pretensión insensata pedir que no se representasen más que obras maestras. De éstas, aún los más esclarecidos ingenios tienen pocas. Lope mismo, que para abastecer los teatros de su tiempo se vió obligado á escribir muchos cente-

nares de comedias, compuso algunas admirables, otras medianas y las demás menos que medianas. Ley humana es que lo bueno sea lo excepcional.

Siendo, pues, necesario que se escriban muchas comedias, justo ha de ser también no exigir demasiado de los autores dramáticos. Sin duda, inspirándose en este criterio de tolerancia, acogió benévolamente el público del Español la comedia de don Miguel Echegaray, titulada *Caridad*.

No se propone el tantas veces aplaudido autor desarrollar una tesis social, ni menos filosófica, ni presentarnos uno ó más caracteres, ni siquiera un cuadro de costumbres. Su objeto es menos ambicioso: se reduce á entretener al público con una fábula sostenida y desarrollada por recursos de la técnica escénica.

En uno de sus sainetes hace decir el Sr. Echegaray á cierto personaje que «en el teatro todo es convencional». En su última obra todo es convencional también.

Caridad es una joven muy guapa é inmensamente rica que al lado de sus tíos y de cierto joven pariente suyo vive feliz, consagrando buena parte de su tiempo á socorrer á los menesterosos. Ella, Caridad, es angelical, su tío, un buen señor, que aunque quiere echárselas de egoísta es un bendito; la tía, un personaje caricaturesco, y el primo, un excelente muchacho, tímido y enclenque, pero noblote como él solo. Alrededor de la dote de la rica heredera revolotean dos pajarracos de mala especie, muy elegantes y distinguidos, pero en rigor dos malas personas. Después que el autor nos ha enterado con habilidad de la situación é inclinaciones de todos estos personajes, empieza propiamente la acción de la comedia.

Es el caso, que cuando están reunidas en casa de Caridad las personas citadas, oyese en la calle el cornetín de un titiritero ambulante, y á poco, aterrada, entra ó más bien se precipita en escena, una

hermosa joven vestida con el pintoresco traje de bailarina callejera. La muchacha, con voz entrecortada por el miedo, cuenta que su amo, un titiritero brutal, la maltrata inhumanamente, y añade que en aquel momento la persigue para castigarla por no sé qué falta cometida en su triste trabajo. Todos se enternecen, y mediante una suma respetada

casi del todo inculta ha prendido la pasión del amor. Petra se ha enamorado con toda la vehemencia de su carácter del primo de Caridad, el joven enfermizo y enclenque de que se hace mención más arriba. Por desgracia para Petrilla, Caridad ama á su primo y el primo ama á Caridad, aunque ninguno de los dos jóvenes haya llegado á comuni-



Sra. Guerrero

ACTO TERCERO
Sra. Cancio

Fot Compañy
Sr. Soriano Sr. D. de Mendoza

ble, Caridad rescata del poder de su salvaje explotador á la pobre Petrilla.

Con esta escena, muy bien preparada, termina el primer acto, y el público espera con interés lo que ha de pasar en los sucesivos.

En el segundo, Petra, que desde el primer momento ha conquistado las simpatías de sus protec-

tores, nos muestra las bazarías de su carácter. Es una joven de corazón sano, de fuerzas casi hombrunas y deseosa de pagar, con una gratitud sin límites, los beneficios recibidos. Todos la quieren y de todos se hace querer ella por su carácter franco, por su ruidosa alegría y hasta por los resabios de su vida bohemia. Pero en aquella alma virgen y

opulenta joven, y merced al escándalo que tal acto por fuerza ha de producir, obligarla á entregarle su blanca mano y sus millones. Al atrevido vividor le sale, como suele decirse, el tiro por la culata. Entra sí en casa de Caridad, pero con tan mala fortuna que no sólo le ve el tío de la joven á la sazón dormida, sino que es sorprendido por Petra la cual



Sra. Guerrero Srta. Martínez Sr. D. de Mendoza (M.)

Sr. D. de Mendoza (F.)

Fot. Compañy

tores, nos muestra las bazarías de su carácter. Es una joven de corazón sano, de fuerzas casi hombrunas y deseosa de pagar, con una gratitud sin límites, los beneficios recibidos. Todos la quieren y de todos se hace querer ella por su carácter franco, por su ruidosa alegría y hasta por los resabios de su vida bohemia. Pero en aquella alma virgen y

opulenta joven, y merced al escándalo que tal acto por fuerza ha de producir, obligarla á entregarle su blanca mano y sus millones. Al atrevido vividor le sale, como suele decirse, el tiro por la culata. Entra sí en casa de Caridad, pero con tan mala fortuna que no sólo le ve el tío de la joven á la sazón dormida, sino que es sorprendido por Petra la cual

lo echa á cajas destempladas, después de maltratarle de palabra y de obra. Caridad, que durante esta escena ha permanecido dormida, se pone, después de expulsado el asaltante, á soñar, y en sueños declara el amor que siente por su primo, con lo cual Petra se queda tan triste y acongojada como fácilmente comprenderá el curioso lector.

La escena del tercer acto representa un cuarto de costura: en medio de la escena hay un costurero «personaje que no habla» pero que representa, como luego se verá, un papel importantísimo. Petra está, como era de esperar, triste y mal humorada á causa de su desengaño amoroso, y desahoga su mal humor planchando ropa con tal brío que los golpes se oyen desde la escena aunque la forzuda joven plancha fuera del cuarto de costura. Allí, por exigencias del convencionalismo teatral, se cose, se reciben visitas de cumplido y hasta se concierta un duelo entre el primo de Caridad y uno de los dos sujetos que rondan á la rica heredera. Es éste un matachín terrible y para deshacerse de su

por sí mismo reconozca que si en *Caridad* se descubre la labor del «hombre de teatro» falta en cambio el arte verdadero, el que consiste en representar con fidelidad y belleza un aspecto de la vida. El carácter de Petra tiende al figurón: el autor hace que ella, que ha vagabundeado en compañía de una familia de titiriteros dirigida por un hombre brutal y vicioso, esté en tal ignorancia respecto de los lances de amor como puede estarlo la joven más recogida y vigilada. D. Justo, el tío de Caridad, no hace falta alguna en la acción: puede suprimírsele sin que la fábula se resienta por ello.

Los tres amantes de Caridad—escribí á raíz del estreno, y después de haber visto la obra me ratiifico en aquella primera impresión—pertenecen también á la guardarropía teatral, y solo sirven para que Petra muestre con ellos sus fuerzas físicas; á uno venciéndole el pulso, al otro triturándole la mano con la tapa del costurero, y al tercero persiguiéndole plancha en mano... Tampoco se ha esmerado el autor en el estudio de las costumbres.



SRA. GUERRERO, SR. ECHEGARAY Y SR. MENDOZA (F.) EL DÍA DEL ESTRENO *Fot. Compañy*
ANTES DE COMENZAR EL TERCER ACTO

rival, el susodicho primo, le provoca... y queda concertado un lance entre ambos. Pero el espadachín no cuenta con la huésped. Petra, que esta cosiendo durante la escena del desafío en el cuarto mismo donde los dos hombres se retan, halla modo de coger la mano del provocador bajo la tapa del costurero y poco menos que se la tritura... con lo cual el duelo es imposible.

Y ya desde este punto la acción corre rápidamente á su desenlace. Petra, que lo mismo sirve para un fregado que para un barrido, lo arregla todo en un periquete: dispone la boda entre los primos, hace que el tío del novio nombre á este su heredero, y como premio á tantas buenas obras sólo pide que cuando se muera la entierren al pie de un árbol del jardín y que pongan encima de la sepultura una cruz hecha con dos palitos...

Basta lo que dejo contado para que el lector se forme idea del argumento de la obra y para que

Esas visitas de cumplido que se reciben en el cuarto de costura, esos asaltos á la casa ajena, esas entradas á despecho de los dueños en las más íntimas habitaciones, el dejar en compañía de la costurera al visitante que acaba de desafiar á uno de los que viven en la casa, aquello es tan exótico que solo puede admitirse aceptando el susodicho aforismo de que todo es convencional en el teatro.

A pesar de esto, *Caridad* no sólo «pasó» sin dificultades sino que se celebró y aplaudió en muchos pasajes, gracias principalmente á la habilidad del autor y á su conocimiento—como digo más arriba—del efectismo teatral, en parte también á la prodigiosa labor artística de María Guerrero. La insigne actriz obtuvo aquella noche uno de los mejores triunfos—y ha alcanzado tantos como papeles ha representado en la presente temporada—de su gloriosa carrera. Secundóla admirablemente Fernando Mendoza, y todos los demás intérpretes de *Caridad*.